

nios, que habeis experimentado, duelen ménos que las penas del corazon. — ¡ Las penas del corazon! exclamó el Conde de Erfeuil; ¡ oh! sí por cierto, son las mas crueles... Pero... pero al cabo tambien es preciso consolarse de ellas; porque un hombre juicio debe arrojar de su alma todo aquello que no es útil ni para él ni para los demas. ¿ No estamos en este mundo para ser primero útiles y luego dichosos? Atengámonos á esto, amado Nelvil.

Lo que decia el Conde de Erfeuil era fundado, segun el sentido comun de esta voz, porque tenia, bajo muchos respectos, lo que se llama un buen entendimiento: los caractéres apasionados harto mas que los ligeros, son capaces de locura; pero léjos de que su modo de sentir excitase la confianza de lord Nelvil, hubiera deseado poder afirmar al Conde de Erfeuil que era el hombre mas feliz, por evitar el disgusto que le causaban sus consuelos.

Sin embargo el Conde de Erfeuil se aficionaba mucho á lord Nelvil; su resignacion, su sencillez, su modestia y su orgullo, le inspiraban una consideracion de que no podia prescindir: agitábase en torno de la exterior tranquilidad de Osvaldo; procuraba acordarse de todas las cosas mas graves que habia oido en su infancia á sus padres ancianos, á fin de probarlas con lord Nelvil; y admirado en extremo de su aparente frialdad, que jamas lograba vencer, decia para sí: — ¿ Por ventura no tengo yo bondad, franqueza, valor? ¿ no soy amable en la

sociedad? ¿ qué es pues lo que me falta para hacer efecto en este hombre? ¿ ó no hay entre nosotros alguna falta de inteligencia, quizá nacida de que no sabe bastante bien el frances?

CAPITULO IV

Un acontecimiento imprevisto aumentó mucho el sentimiento de respeto que ya experimentaba el Conde de Erfeuil, sin saberlo, hácia su compañero de viaje. La salud de lord Nelvil le habia precisado á detenerse algunos dias en Ancona: los montes y el mar hacen hermosísima la situacion de aquella ciudad, y la multitud de Griegos que trabajan delante de sus tiendas, sentados al estilo oriental, y la diversidad de los trajes de los habitantes de Levante que se encuentran por las calles, le dan un aspecto interesante y original. El arte de la civilizacion propende siempre á hacer semejantes á los hombres en la apariencia, y aun en la realidad; pero el ánimo y la fantasía se complacen en las diferencias que caracterizan á las naciones: los hombres solo se parecen por afectacion ó por cálculo; mas todo lo natural es variado: por esto es un pla-

cer, á lo ménos para la vista, la diversidad de traje, que promete al parecer nuevo modo de sentir y de juzgar.

El culto católico, el griego y el hebreo existen simultánea y pacíficamente en la ciudad de Ancona : sus ceremonias difieren en extremo ; pero en todos estos ritos diversos sube hácia el cielo un mismo sentimiento, un clamor mismo de dolor, y una misma necesidad de amparo.

La iglesia católica está en la cima del monte, y domina á pico sobre el mar ; el estruendo de las olas se confunde á veces con el canto de los sacerdotes ; la iglesia en lo interior está recargada de un sinnúmero de adornos de bastante mal gusto ; pero al llegar al pórtico del templo, parándose debajo de él, causa placer comparar el mas puro sentimiento del alma, la religion, con el espectáculo de aquel mar soberbio, donde jamas puede el hombre imprimir su huella : trabaja la tierra, sus caminos cortan los montes, los rios se recogen en canales para llevar sus mercaderías ; pero si la nave surca las ondas un momento, al punto viene la ola á borrar aquella leve señal de servidumbre, y torna á parecer el mar como en el dia primero de la creacion.

Lord Nelvil habia señalado para el otro dia su partida á Roma, cuando oyó entre la quietud de la noche horribles gritos : salió apresurado de su posada para saber la causa, y vió un incendio que venia del puerto, y subia de casa en casa hasta lo mas

alto de la ciudad : las llamas se reflejaban á lo léjos en el mar ; el viento que aumentaba su violencia, agitaba tambien su imágen en las ondas, y las olas levantadas tornaban de mil maneras los rayos sangrientos de un opaco fuego.

Los habitantes de Ancona, faltos de bombas, se apresuraban á llevar con sus brazos algunos auxilios : oíase entre los gritos el ruido de las cadenas de los galeotes, ocupados en salvar la ciudad que les servia de prision : las varias naciones de Levante, que reúne el comercio en Ancona, expresaban su espanto con el asombro de sus miradas : los mercaderes, á la vista de sus almacenes entregados á las llamas, perdian enteramente su serenidad ; porque los temores que causa el riesgo de las riquezas, turban á la mayor parte de los hombres tanto como el terror de la muerte, y no inspiran aquel movimiento del alma, aquel entusiasmo que hace encontrar recursos.

Los gritos de los marineros tienen siempre cierto acento lúgubre y prolongado, que el pavor hacia aun mas temeroso : en las orillas del Adriático van vestidos de una especie de capucha encarnada y parda muy extraña, y de en medio de aquel vestido salia el rostro vivo de los Italianos, que pintaba el temor con mil formas diferentes : los habitantes tendidos en las calles, se cubrian la cabeza con sus capas, como si ya nada tuviesen que hacer mas que no ver su desgracia ; otros se arrojaban á las llamas

sin esperanza alguna de salud; veíanse sucesivamente un furor ciego, y una ciega resignacion; pero en parte alguna la serenidad que duplica los medios y las fuerzas.

Acordóse Osvaldo que habia en el puerto dos buques ingleses, y estos llevan á bordo bombas perfectamente construidas; corrió en busca del capitán, y partió con él en un bote para traer las bombas: los habitantes, al verle entrar en la lancha, le gritaban: ¡*Haceis bien, extranjeros, de abandonar nuestra ciudad desventurada!* — Volvemos, dijo Osvaldo, mas no le creyeron; y no obstante, volvió, estableció una de sus bombas enfrente de la primera casa que estaba ardiendo en el puerto, y la otra delante de la que ardia en el medio de la calle. El Conde de Erfeuil exponia su vida sin cuidado alguno, con valor y alegría; y los marineros ingleses y los criados de lord Nelvil acudieron todos á ayudarle; porque los habitantes de Ancona permanecian inmóviles, entendiendo apénas lo que querian hacer aquellos extranjeros, y no creyendo de ningun modo en el éxito feliz de sus esfuerzos.

Tocaban las campanas por todas partes; salian en procesiones los sacerdotes, y los mujeres lloraban postrándose delante de algunas imágenes de santos colocadas en las calles; pero nadie pensaba en los auxilios naturales que Dios ha dado al hombre para defenderse. No obstante, cuando vieron que se apagaban las llamas, por dichoso efecto de

la actividad de Osvaldo; y que sus casas quedarian ilesas, pasaron del asombro al entusiasmo; rodeaban á lord Nelvil, y le besaban las manos con tanta ansia, que se veia precisado á mostrar enojo para que se apartasen, y no dilatasen la sucesion rápida de las órdenes y de los movimientos necesarios para salvar la ciudad. Todos se habian sometido á su mando, porque en los peligros, asi en las menores como en las mayores circunstancias, ocupa el valor su lugar; y en temiendo, los hombres ya no son envidiosos.

Unicamente quedaba rodeada de llamas una casa en lo alto de la ciudad; pero de tal manera que era imposible apagarlas, y aun mas imposible entrar en ella. Habian manifestado los habitantes de Ancona tan poco interes por aquella casa, que los marineros ingleses, no creyéndola habitada, volvieron las bombas hácia el puerto; y el mismo Osvaldo, atolondrado con las voces de los que estaban á su derredor, y le pedian socorro, no lo advirtió. El incendio habia tardado mas en llegar á aquella parte; pero habia hecho en ella tremendos progresos: y fué tanto el empeño de lord Nelvil en preguntar qué casa era aquella, que al fin un hombre le respondió: el hospital de los locos. Al oír esto, toda su alma se trastornó; volvióse, y ya no vió á ninguno de los marineros; tampoco se hallaba allí el Conde de Erfeuil, y en vano se hubiera dirigido á los habitantes de Ancona; casi todos estaban ocu-

pados en salvar ó hacer salvar sus efectos, y creían necesidad exponerse por aquellos hombres, entre quienes no habia siquiera uno que no fuese loco incurable: *Es un favor del cielo, decian, para ellos y para sus parientes, si mueren así, sin culpa de nadie.*

En tanto que hablaban de esta manera en torno de Osvaldo, él caminaba apresuradamente hácia el hospital, y el tropel que le motejaba, iba en pos con un sentimiento de entusiasmo confuso é involuntario. Al llegar Osvaldo cerca de la casa, vió á la única ventana, que no rodeaban las llamas, á aquellos insensatos mirando los progresos del incendio, y sonriéndose con aquella espantosa risa que supone ignorancia de todos los males de la vida, ó tanto dolor en lo hondo del alma, que ya no puede estremecer ninguna forma de la muerte. Un temblor inexplicable sobrecogió á Osvaldo al ver semejante espectáculo; habia sentido en el momento mas horroroso de su despecho turbarse su razon próxima á perderse; y desde aquel instante siempre le inspiraba la locura la mas dolorosa piedad. Asió una escalera que estaba allí inmediata, apóyala contra la pared, sube entre las llamas, y entra por la ventana en un aposento donde se hallaban reunidos los desdichados que quedaban en el hospital.

Su locura era bastante quieta para que todos estuviesen libres en lo interior de la casa, excepto uno solo que se hallaba encadenado en aquel mismo

aposento, por entre cuya puerta se abrian paso las llamas, sin haber todavía consumido el techo ni el suelo. Osvaldo, apareciendo en medio de aquellas miserables criaturas, todas quebrantadas de las enfermedades y de los dolores, produjo en ellas tan grande efecto de sorpresa y de encanto, que desde luego le obedecieron sin resistencia: mandóles bajar delante de él, uno en pos de otro, por la escalera que las llamas podian devorar en un momento: el primero de aquellos desdichados obedeció sin proferir una palabra; habíanle subyugado enteramente el acento y la fisonomia de lord Nelvil; pero el tercero quiso resistirse, sin recelar el riesgo á que le exponia cada instante de dilacion, ni pensar en el peligro á que entregaba á Osvaldo, deteniéndole mas tiempo. El pueblo conociendo el horror de su situacion, clamaba á lord Nelvil que volviese, y dejase á aquellos insensatos salvarse como pudieran; mas el libertador cerraba el oido á todo hasta haber dado fin á su generoso intento.

De los seis desdichados que estaban en el hospital, cinco ya se habian salvado del incendio, y solo quedaba el sexto encadenado. Suelta Osvaldo las prisiones que le detienen; intenta hacerle usar de los mismos medios que á sus compañeros; mas era un pobre jóven enteramente privado de la razon; y viéndose en libertad despues de dos años de cadena, saltaba por el aposento con desordenada alegría. Observando entónces lord Nelvil que el fuego

iba apoderándose mas y mas de la casa, y era imposible decidir á aquel insensato á salvarse, le toma en sus brazos, á pesar de los esfuerzos del desventurado que luchaba con su bienhechor; arrebátale sin saber donde pone los piés, tanto le ofusca la vista el humo; salta, á la ventura, los últimos escalones, y entrega al infeliz, que todavía le denostaba, á algunas personas que encuentra al paso, y á quienes exige promesa de cuidar de él.

Oswaldo, exaltado con el peligro, suelto el caballo, y mirando con afabilidad y altivez, llenó de admiracion y casi de fanatismo al gentío inmenso que le observaba: las mujeres, en especial, se explicaban con aquella imaginacion que es un don casi universal en Italia, y da muchas veces nobleza al habla de la gente mas humilde. Poníanse de rodillas delante de él, exclamando: *Sin duda sois el ángel protector de nuestra ciudad; desplegad las alas, pero nos os ausenteis: colocaos allí arriba encima del campanario de la catedral para que todos os vean y os den gracias.* — *Mi hijo está enfermo, decia una, curadle.* — *Decidme, interrumpia otra, ¿dónde está mi marido que falta tanto tiempo hace de casa?* Oswaldo buscaba un modo para escaparse, cuando llegó el Conde de Erfeuil, y le dijo, apretándole la mano: Querido Nelvil, bueno será que deis alguna parte á vuestros amigos; y es mal hecho tomar por sí solo todos los peligros, como vos lo estais haciendo. — Sacadme de aquí,

le dijo Oswaldo en voz baja. — Un momento de oscuridad favoreció la huida, ambos fueron apresuradamente á buscar caballos de posta.

Lord Nelvil sintió al pronto alguna complacencia con el sentimiento de la buena accion que acababa de ejecutar; pero ¿con quién podia disfrutar de ella, ahora que ya no existia su mejor amigo? ¡Ay de los huérfanos! los sucesos felices, igualmente que las penas, les hacen sentir la soledad de su corazón: y en efecto ¿cómo ha de reemplazarse jamas aquel cariño nacido con nosotros, aquella inteligencia, aquella simpatía de la sangre, quella amistad preparada por el cielo entre un hijo y su padre? Aun podemos amar; empero confiar toda el alma es una ventura que no volveremos á encontrar mas.

CAPITULO V

Recorrió Lord Nelvil la Marca de Ancona, y el Estado eclesiástico hasta Roma, sin ver nada, sin interesarse en cosa alguna: procedia esto de la disposicion melancólica de su alma, ademas de cierta natural indolencia de que solo le sacaban las pa-

siones fuertes : todavía no se habia desenvuelto su afición á las artes, porque solamente habia vivido en Francia, donde la sociedad es todo, y en Londres, donde los intereses políticos hacen olvidar casi todos los demas ; así su imaginación, concentrada en sus penas, aun no se complacia en las maravillas de la naturaleza, ni en las obras maestras de las artes.

El Conde de Erfeuil, con la guía de caminantes en la mano, recorría todos los pueblos, disfrutando del noble placer de perder el tiempo en verlo todo, y de asegurar que nada habia visto digno de admiración, para quien conocia á Francia. El tedio del Conde de Erfeuil desanimaba á Osvaldo ; tenia por otra parte preocupaciones contra los Italianos, y contra Italia ; y no penetraba todavía el misterio de aquella nación, ni de aquel país, misterio que es indispensable comprender por medio de la imaginación, mas que por el espíritu de discernimiento que se desarrolla particularmente en la educación inglesa.

Los Italianos son mucho mas notables por lo que han sido, y por lo que podrian ser, que por lo que son en la actualidad. En los desiertos que rodean la ciudad de Roma, aquella tierra cansada de gloria, que al parecer se desdén de producir, es una región inculta y abandonada para quien únicamente la considera bajo el respecto de la utilidad ; y Osvaldo, acostumbrado desde su infancia al amor del orden

y de la prosperidad pública, recibió al pronto impresiones desagradables, atravesando las llanuras descuidadas que anuncian la inmediación de la ciudad, en otro tiempo reina del orbe ; al paso que reprehendia la indolencia de los habitantes, y del gobierno. Lord Nelvil juzgaba de Italia como administrador ilustrado, y el Conde de Erfeuil como hombre de mundo ; de suerte que el uno por reflexión, y el otro por ligereza, no sentian el efecto que el campo de Roma produce en la imaginación, cuando quien le ve se ha penetrado de los recuerdos y de los sentimientos, de las bellezas naturales y de las ilustres desgracias que derraman en aquel país un encanto imposible de explicar.

El Conde de Erfeuil hacia lamentaciones cómicas sobre las cercanías de Roma. — ¡ Cómo, decia, ni una casa de campo, ni un carruaje, nada que indique la proximidad de una ciudad populosa ! ¡ Qué tristeza, Dios mio ! Ya mas cerca de Roma, gritaron los postillones con ansia : ¡ *Mirad, mirad, la cúpula de San Pedro !* Así los Napolitanos muestran el Vesubio ; y el mar hace soberbios á los habitantes de las costas. — Parece la media naranja de los Inválidos, exclamó el Conde de Erfeuil ; y esta comparación mas patriótica que exacta, destruyó el efecto que Osvaldo hubiera podido sentir al aspecto de aquella maravilla de la creación humana. Entraron en Roma, no con un hermoso día, no con una hermosa noche, sino con una tarde oscura, con un

tiempo pardo, que mancha y confunde todos los objetos : atravesaron el Tiber, sin advertirlo, y llegaron á Roma por la puerta del Pópolo, que conduce desde luego al Corso, á la calle mayor de la ciudad moderna ; pero á la parte que presenta menos originalidad, por ser mas parecida á las demas ciudades de Europa.

Paseábase por las calles un gentío inmenso, y los titiriteros y los charlatanes formaban grupos en el sitio donde se eleva la columna Antonina. Toda la atencion de Osvaldo se dirigió á los objetos exteriores inmediatos á él : el nombre de Roma no resonaba todavía en su alma ; solo sentia aquella soledad profunda que oprime el corazon al entrar en una ciudad extraña, cuando vemos aquella muchedumbre de personas para quienes es desconocida nuestra existencia, y que no tienen con nosotros ningun interes comun. Estas reflexiones tan tristes para todos los hombres, lo son mas para los Ingleses, acostumbrados á vivir entre sí, y á mezclarse con dificultad en las costumbres de los demas pueblos. En la vasta hospedería de Roma todo es extranjero, hasta los Romanos, que al parecer la habitan, no como poseedores, *sino como peregrinos que descansan junto á las ruinas* (1). Osvaldo, oprimido de penosos sentimientos, se encerró en su habitacion,

(1) Esta reflexion es tomada de una epístola sobre Roma, de M. de Humboldt, hermano del célebre viajero, y ministro de Prusia en Roma.

y no salió á ver la ciudad : estaba harto ajeno de pensar que aquel país, donde entraba con tal abatimiento y tristeza, seria para él muy presto origen de tantas ideas, y de tantas nuevas delicias.